

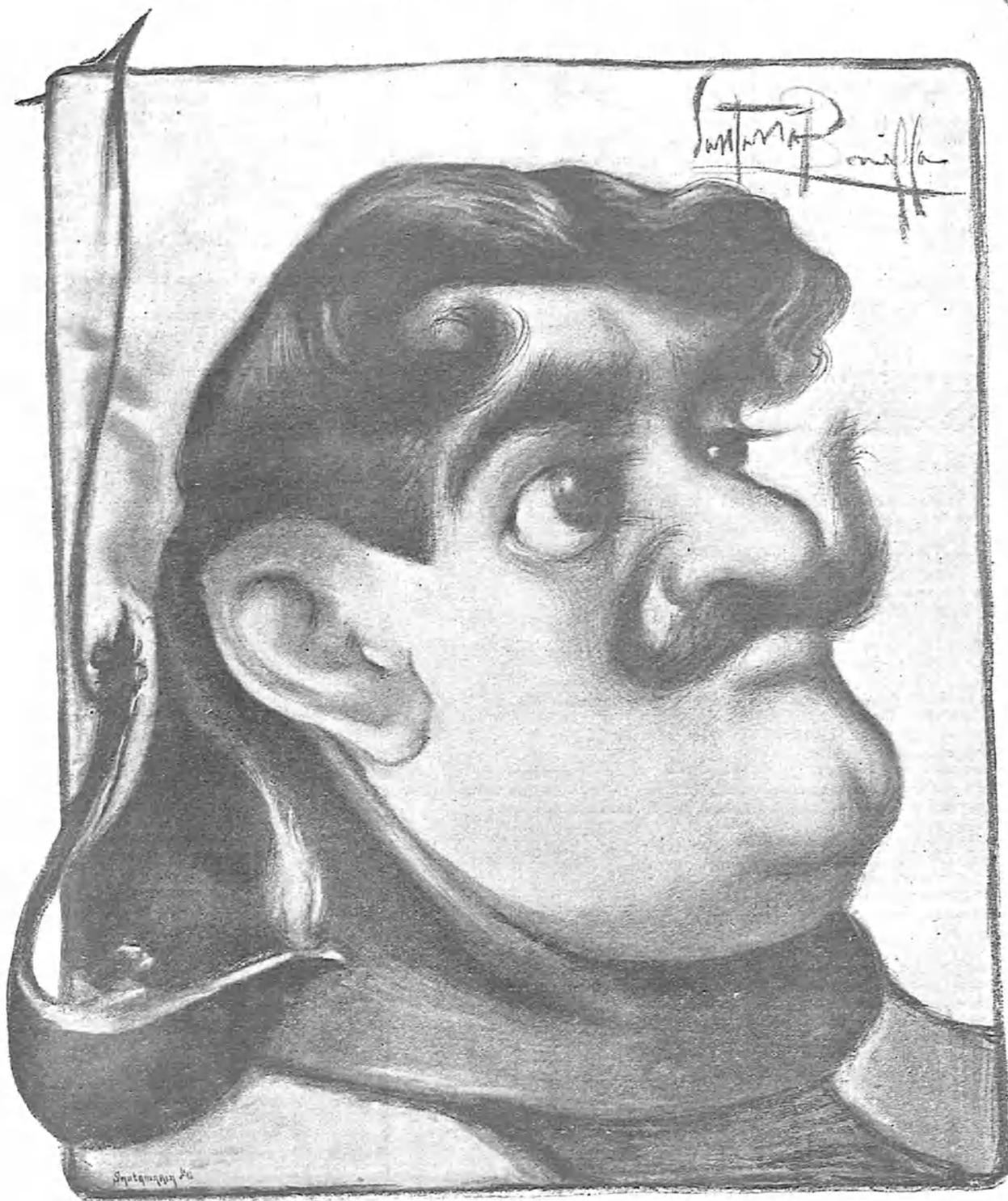


# Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA



Emilio Bobadilla (Fray Candil), Caricatura de SANTANA BONILLA



Su candil ilumina más que el sol.  
¿TIENE ENVIDIOSOS? ¡TIENE TALENTO!  
(Entimema español.)

### SUMARIO

**TEXTO:** De todo un poco, por Luis Taboada.—Ya no hay clases, por Marcos Zapata.—Comunicaciones, por Sinesio Delgado.—Los Isidros, por Manuel Soriano.—Hidalgos y cinovases, por J. Martínez Ruiz.—Desde París, por Ramón Asensio Más.—Pedro Jiménez, por Nicolás de Leyva.—Cantares, por Carmen Burgos.—Elocuencia industrial, por Ricardo de Zavaia.—Un romero consecuente, por Juan Pérez Zúñiga.—Libros recibidos.—Correspondencia particular.—Anuncios.  
**GRABADOS:** Emilio Bobadilla, *Fray Candil*, caricatura de Santana Bonilla.—La novillada del Santo, apuntes del natural, por Marín.—Gitanerías, por Santana Bonilla.—Chicoleros, por Medina Vera.—La venganza de un músico, por D. Poveda.



## De Todo un Poco

Según dicen los periódicos, el Sr. Dato ha recibido muchas felicitaciones con motivo de su desgraciado viaje a Cataluña.

Las almas sensibles, ante la desgracia ajena se conmueven y tratan de consolar al afligido, prodigándole frases afectuosas.

Entre los que han experimentado un verdadero disgusto por las demostraciones poco lisonjeras de que hicieron objeto al ministro algunos catalanes, figura D. Timoteo Parrondo, vecino de Villatunes, que se apresuró a escribir una carta al Sr. Dato en que le decía:

«... lo cual que he sentido mucho lo de Barcelona, aunque no tengo el honor de conocer á usted; pero lo probable será que me pase por esa, dentro de unos días, con motivo de la romería de S. Isidro, y pienso ir á saludar á usted y ofrecerme para todo... Viva España con honra, viva el gobierno de la nación, abajo el catalanismo».

Y efectivamente, el martes llegó á Madrid D. Timoteo, y después de lavarse un poco, fuere á visitar al diputado del distrito.

—Hombre, ¿cuando ha llegado usted?— exclamó el diputado.

—Pues esta mañana.

—¿Por muchos días?

—Aún no lo sé; depende de Dato.

—¿Del ministro?

—Sí, señor.

—Le escribí una carta, cuando supe lo de Cataluña, ofreciéndome para todo, y le dije que tendría el gusto de visitarle. Si me dice que me quede, me quedaré.

—Pero...

—Y como usted le conocerá, pues para eso es diputado, vengo á que me presente.

—El caso es que...

—No admito disculpas. Si los diputados no sirven para esto, ¿para qué sirven entonces?

—Bueno, no se sofoque usted.

—Conque usted dirá cuando vamos á verle.

—¿Tiene usted frac?

—Sí señor; tengo uno bastante decente que le compré á la viuda de un gobernador, vecina del pueblo.

—Corriente. Esta noche iremos á saludar al ministro. Le diré que es usted uno de los hombres más influyentes de la provincia y enemigo personal de la Unión.

—Y que lo diga usted... ¡Le tengo una rabia á Paraisol...

—Así me gusta. Ante todo la disciplina.

—En casa no le podemos ver ni en pintura, y mi esposa le escribió un anónimo con la letra desfigurada, llamándole feo, porque nos da mucha rabia que se ponga en contra del partido conservador.

—Muy bien pensado.

—¿Conque, á qué hora vamos á ver al ministro?

—A las diez.

—¿A las diez de la noche? Estará ya acostado.

—¡Quid! Los ministros se retiran muy tarde!

—Bueno, pues hasta las diez.

Y al otro día, Parrondo echaba al correo la carta siguiente, dirigida á su esposa:

«Querida y estimada Bruna: Sabrás que por fin estuve á ver al ministro, presentado por D. Indalecio el diputado, que cómo me debe tantos favores, no tuvo inconveniente en llevarme.

«Para ir, me puse la camisa bordada que me regaló mi sobrina cuando sali del trancazo, las botas de hecerro mate, el pantalón negro y la petaca de tafilète.

«Puedes suponer que he ido muy bien puesto y la prueba está en que allí había otros señores y al mirarme hablaban entre sí, pues se conoce que les gustaba la ropa. Sólo un criado me faltó al respeto, tomándome por un mozo de café y no quería dejarme pasar hasta que tuvo que intervenir D. Indalecio y salir *con responsable*.

«La casa por dentro es muy hermosa y tiene muy buena sillería: hay un espejo grande como el del secretario del ayuntamiento, sólo que éste es más redondo y más brillante, porque se conoce que lo deben de limpiar con polvos de la botica. El ministro estuvo muy amable y me dijo que agradecía mi felicitación y que cuando hubiese otras elecciones me *ensillaría*. Yo no sé que habrá querido decir con esto.

«Lo que no hubo fué *bujelo ó lunche* y me extrañó bastante; pues me habían dicho que en estas casas siempre dan cosas de comer; de manera que me fastidié y estuve toda la noche sufriendo del flato á causa de la *debilidad*, pues había comido poco en la casa de huéspedes, y eso que la comida era muy de mi gusto; pues la patrona, para obsequiarme, había puesto albóndigas y queso de *tebury*.

«En cuanto sali del ministerio me quite el frac para no mancharlo y fui al café de las *Columnas* á comerme una chuleta con patatas fritas á máquina con bordados alrededor.

«Bien quisiera que hubieses estado aquí tú, para que probaras estas cosas buenas de los cafés y también te convidaría á barquillo relleno, que es una cosa muy rica que parece cartón con huevos hilados y nieve natural. Yo, desde que estoy aquí, ya lo tomé dos veces: una por mi cuenta y otra convidado por D. Indalecio, que conoce todas las cosas que sirven en los cafés y se da muy buena vida.

«Este ha mejorado mucho desde que es diputado y si le vieras no le conocías. Sólo un gabán que se pone por las mañanas para andar por su despacho, le costó siete duros, según me dijo, y está todo forrado por dentro de cartón.

«Adiós, estimada Bruna; dale recuerdos á toda la familia y amigos y puedes contarles que he estado en casa del Sr. Dato, para que vean que hago honor á ese pueblo y que me distinguen las personas pudientes.

«Si encuentras una proporción mándame la tira de seda, pues pienso volver á ver al ministro y la quisiera llevar debajo del chaleco.

«Recibe muchos abrazos de tu esposo que verte desea.—*Timoteo Parrondo*»

Por la copia,  
LUIS TABOADA

## Ya no hay clases.

Le ocurrió cierto día á un caballero, queriéndolas echar de humilde y llano, comer en compañía y mano á mano de un obscuro y sencillo jornalero.

El señorón, jovial y placentero, animaba sonriendo al ciudadano, pero á la vez con gesto soberano le tiraba aceitunas al sombrero.

¡Se calla este infeliz y el choque evita!... mas desde entonces resplandece clara la siguiente verdad en su alma escrita:

*«Cuando te tiran á comer, repara la clase y condición del que te invita... ¡no te arrojen los platos á la cara!»*

MARCOS ZAPATA

## Comunicaciones.

DE SAN ISIDRO Á VILLAVEBRDE

Feliz mortal, que tienes en tus manos el porvenir de vinos y cereales: de tí se quejan los demás mortales que cosechan las uvas y los granos.

Pues aunque todos, nobles y villanos, convencidos están de lo que vales, me envían lastimeros memoriales con el temor de que resulten vanos.

Pídenme el valimiento que contigo pueda tener, y dicenme gimiendo que los tributos son abrumadores.

Rebájalos, por Dios; protege al trigo, y hazte ¡oh, Raimundo! célebre teniendo compasión de los tristes labradores.

II

DE VILLAVEBRDE Á SAN ISIDRO

Santo patrón: tu súplica sabía que había de llegar. Constantemente los que pagan matrícula ó patente me mandan cien iguales cada día.

Y es que ha dado la gente en la manía de arreglar nuestra Hacienda de repente, y el llanto del país contribuyente el barco va á anegar de mi energía.

Hay que pagar. Yo espero un elegido del Señor, que me indique de qué modo tantas deudas sagradas satisfago.

Contesta, pues, al gremio protegido, que estoy dispuesto á rebajarlo todo en cuanto tú me digas con qué pago.

Por la copia,  
SINESIO DELGADO

## Los Isidros.

Con deseos de ver lo que no han visto  
y la bolsa repleta,  
se vienen á la corte en un tren mismo,  
que es como si viniesen en carreta,  
Si el ángel de su guarda los defiende  
y llegan á la villa  
que ayer fué de Aguilár y hoy es de Alcañete  
sin romperse en el viaje una costilla,  
después de arrinconar el equipaje  
y de cambiar de traje,  
que este es indispensable requisito,  
antes que practicar gestión alguna,  
todo Isidro decente va á hacer una  
visita al diputado del distrito.  
Si tiene la fortuna  
de encontrarle en su casa,  
y lo que es más fortuna todavía,  
si una audiencia le da su señoría,  
le describe con tetricos colores  
lo que en el pueblo pasa;  
le habla de todos mal, le cuenta horrores  
del Juez, del Alguacil, del Escribano;

le dice que el Alcalde es un tirano  
que tiene muchos humos,  
que se come la renta de consumos,  
que roba á manos llenas  
con desdoro que raya en lo insultante,  
y que ayer era un pobre vergonzante  
y hoy construye las fincas por docenas,  
que tiene colocados  
á todos sus parientes y allegados,  
los cuales á comer se dan tal prisa,  
¡que están dejando al pueblo sin camisa!  
Y una vez que de todo  
ha hecho el Isidro relación completa  
describiendo la cosa de este modo,  
la visita termina  
pidiéndole un destino y papeleta  
para ver al Ministro de Marina,  
quien tanto por la Armada se desvela  
que piensa en reforzarla lo primero,  
y ya ha mandado hacer al extranjero  
un barco de vapor y otro de vela.  
Cumplido este deber ineludible,

antes de irse á su tierra,  
consagran todo el tiempo disponible  
á visitar cuanto la corte encierra,  
y no queda paseo  
ni lugar más ó menos reservado,  
ni sitio de recreo  
que no sea por ellos visitado.  
Van, como es natural, á la pradera  
su Santo á conocer personalmente,  
y á la tía Javieta  
de quien oyen hablar constantemente,  
y á gastarse unos reales  
en comprar sus rosquillas inmortales.

En resumen: se gastan el dinero,  
si hay quien tiene la suerte todavía  
de que no se lo limpie algún ratero,  
y emprenden hacia el pueblo su viaje  
teniendo que dejar la mayoría  
empeñado en la corte su equipaje.

MANUEL SORIANO

## Hidalgos y ginovese.

... Cojo el *Programa* y leo: «Estas gentes del centro de Castilla, tienen más esfuerzo que voluntad. Sirven más para el impulso titánico que para la obra lenta, continua, de una tenacidad inacabable.»

¡Estas gentes! Si estas gentes son los castellanos, el gran pueblo de Castilla, conquistador del Orbe, descubridor de América, maestro en el teatro, sin par en la novela picaresca, incomparable en el *Romancero*, ingenuo, audaz, generoso, temerario, sencillo, heroico. Toda la vieja Castilla surge y revive á mis ojos; toda la raza de capitanes y navegantes, de teólogos y místicos, de poetas y pintores: Fernández de Córdoba y Cortés, Melchior Cano y Teresa de Cepeda, Calderón y Velázquez; todos vuelven á la vida y palpitan, hablan y gesticulan, mientras voy leyendo, lentamente, tristemente, el artículo desdeñoso, agresivo, ferocemente injusto, de un amigo querido, artista por su gallardo espíritu, generoso por su corazón magnánimo...

Y todos esos castellanos, todas esas gentes que pasan en revuelta cabalgata, en abigarrada *torra* de coloreados ferreruelos y pardas estameñas, de blancas tocas y cimbreantes alrones, de doradas espadas y sonadores rosarios, de argentadas espuelas y amplias golillas, cantan y exaltan la gloria de un pueblo, la voluntad, el desenfado, el valor, el arte, la poesía...

Yo lo declaro con toda mi alma; entre el ginovés, rico, opulento, laborioso, repletas sus arcas de doblones y el hidalgo, pobre, altivo, sufridor de sus hambres en silencio, sereno ante la muerte; yo, ahora y siempre, me quedo con el hidalgo miserable. En la vida el corazón lo es todo y todo lo es el corazón en el arte. Los pueblos no son grandes por sus fábricas y por sus bancos; son grandes por su generosidad y por su fe. Frente á Cataluña burguesa, regateadora del céntimo, sordida, sin ideales, sin robustas tradiciones artísticas, está Castilla, pobre, dadivosa, soñadora, artística; frente al noble descui-

dad, el mercader cuidadoso; frente al hidalgo desprendido, el ginovés que lo explota y vilipendia.

La antinomia es irreductible; la burguesía catalana no podrá nunca comprender y admirar el espíritu de Castilla; el holsista no admirará ni comprenderá jamás la despreocupación del poeta. Y es lo triste que la juventud catalana, artista, fervorosamente artista—Rusñol, el más grande de los pintores españoles, autor del estupendo y maravilloso retrato de la última Exposición, que para honra suya pasó la prensa madrileña en silencio; Ramón Casas, el más genial de nuestros dibujantes, Pompeyo Gener, Adrián Gual, autor de *Silencio*, Eduardo Marquina;—lo triste es, repito, que toda esta brava juventud haga coro en sus improprios á la banda de industriales y mercaderes.

No; el céntimo no es la más segura filosofía de la historia. Preguntar si Castilla tiene fábricas, es como preguntar si Galdós trabaja en los andamios ó si Campoamor ha hecho su fortuna en el comercio de harinas... Pues los pueblos son como los hombres; los hay artistas y los hay industrioses. Cataluña presenta sus paños, sus máquinas, sus muebles; Castilla presenta *El Quijote*, *El Alcalde de Zalamea*, *la Epistola moral*, las *Novelas contemporáneas*, los *Pequeños poemas*.

Decía Campomanes en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos*, que más utilidad había reportado á la humanidad la invención de la aguja, que la *Lógica* de Aristóteles. No; por lo menos igual. Del mismo modo que la historia de *El Ingenioso hidalgo*, vale por lo menos tanto como la importante fábrica de curtidos que los señores Rubau y Mateu, tengan en Barcelona.

... He aquí, mi querido Corominas, lo que han hecho estas gentes.

J. MARTÍNEZ RUIZ

## Desde París.

(NOTAS DE MI CARTERA)

¡Llueve!... Con irritante monotonía cae desde ayer un agua menuda y fría; París despierta envuelto por densa bruma... y sin salir del cuarto me paso el día presa de una tristeza grande y sombría que agarrota mis dedos sobre la pluma.

Detrás de los cristales de mi ventana y viendo por la calle pasar la gente he estado hasta las doce de la mañana aburrido y cansado materialmente.

Para olvidar mis necias cavilaciones de salir á la calle tuve intenciones; la Exposición de fijo me ofrecería sorpresas y placeres y distracciones, pero... ¿quién tiene gana de Exposiciones cuando está el alma triste y obscuro el día?

Y como aquel que siente mortal pereza, decidí desde luego quedarme en casa. ¡Y aquí estoy bajo el peso de mi tristeza que pasará muy pronto, pues todo pasa! Pero salir, no salgo, de ningún modo. ¿Para qué, si de fijo me aburre todo?

El pabellón de España se ha inaugurado y hemos tenido en ello poca fortuna, pero yo estoy tranquilo porque ha gustado la Marina española más que ninguna. Felicito al Gobierno sinceramente porque la cosa tiene muchos hemoles. —Con Marinas como ésta— dice la gente—

conquistarán el mundo los españoles—

Sólo por esa frase ya se adivina lo que ha gustado en Francia nuestra Marina...

la cual es una chica muy sevillana, muy guapa, muy morena, muy tentadora, con los labios tan rojos como la grana y el cabello tan negro como la mora.

Andaluzza soberbia, juncal, ardiente, que canta *malagueñas* divinamente... y que revoluciona París entero cuando se pone en jarras sobre el tablado para mover su talle suelto y ligero al compás del alegre zapateado.

¿Que yo exagero?

No tengo nada de exagerado.

Entre palmadas y entre clamores dan el alerta los tocadores, calla la gente,

la dejan paso los bailadores y se adelanta tranquilamente.

Principia el baile: su cuerpo airoso provocativo se balancea siguiendo un ritmo lento y penoso que nos marea.

Ritmo pausado que, de repente, se precipita rápidamente.

Su cuerpo entonces se agita y danza sobre el tablado que apenas toca, gira, se aleja, vuelve y avanza con furia loca.

Salta, se inclina,

vuela, resbala, corre y patina...

y entre el aplauso que pronto suena y los piropos y aclamaciones se escucha un ¡*Ole por mi morena!* de los que parten los corazones.

Pues ¿y cantando? ¡Virgen divina!... ¡No habrá quien cante como Marina! Se vuelven locos los caballeros cuando se arranca por *carceleras*, ó por *guajiras* ó *panaderos* ó *granadinas* ó *peteneras*.

Y nunca ha habido mujer que tenga tanto partido. Porque sus ojos engañadores que miran siempre medio cerrados, son dos traidores... ¡que están pidiendo besos y flores y juramentos apasionados!

Y esa es Marina la sevillana, esa es Marina la cantadora, la de los labios rojos como la grana, la del cabello negro como la mora. ¡La que por obra y gracia de su salero trae revuelto á estas horas París entero.

Por eso más arriba dejo anotado que el pabellón de España se ha inaugurado, que hemos tenido en ello poca fortuna, pero que estoy tranquilo... ¡porque ha gustado la Marina española más que ninguna!

RAMÓN ASENSIO MÁS

La novillada del Santo,  
Apuntes del natural, por MARIS



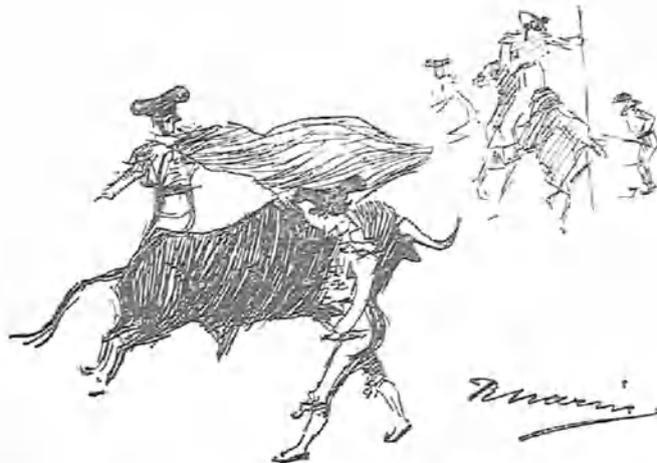
Cogida de Machaquito.



Después de la cogida



Machaquito saludando.



Machaquito y Lagartijo toreando á la limón al último toro.



(El delirio final)

Pedro Jiménez.

Era un hombrecillo de cuerpo atonelado y extremidades delgaduchas y flojas. Montado en un pollino y coronado de pámpanos, hubiese parecido la rediviva encarnación del viejo Sileno, si no le faltaran los cuernos, como era de presumir, *juris tantum*. Por lo demás, tenía cabeza de sátiro, con su cráneo mondo y su cara maleante y jovial, en la que se destacaba valientemente una nariz granujienta y erisipelada.

Con estas partes, tan semejantes á las que atribuye la Mitología al hijo de Pan y sintiendo, en cierto orden de afectos, como Anacreonte, Pedro Jiménez sólo era pagano en las modernas ermitas de Baco, donde otros devotos sabían explotar la generosidad que el espíritu del vino hacía nacer en el suyo.

El *pauperum tabernas*, de Horacio, podía aplicársele como á la pálida muerte, porque lo mismo entraba en las suntuosas bodegas que en los miserables tenduchos, donde el vino se despachaba por cuartillos. Allí había que verle.

—Echa otra ronda, Rabogordo; yo pago, ¿eh?... Me parece que no ofendo, señores...

—Entavía tengo yo cinco duros pa custé se los beba—decíale un consocio de amedrantadora catadura.

—Gracias, Malasangre; se agradece. Yo protejo la vinatería española, ¿eh?... sin ofender á nadie.

El Ganimedes del establecimiento, llegaba al mostrador de zinc y alzando el musculoso brazo, cubierto de vello, escanciaba el

Gitanerías, por SANTANA BONILLA



—Anda pa casa y no me desesperes, borrachín, mira que te doy una manguzá que te quito la cabeza...  
—Eso es; y aluego dónde me pongo er sombrero, ¿en er deo miñiqui?

liquido en los vasos mostosos, alienados ante los parroquianos.

—Ya lo has oído, Rabogordo: te protejo, ¿eh?... Aquí nos bebemos toda la por... toda la pro... ¡eso es!... toda la producción nacional.

—¡Viva la república!—Gritaba Sixto, el albañil, enardecido por la manifestación proteccionista de D. Pedro.

—Bueno;—decía éste;—eso es aparte, y ¡cuidado que yo respeto todas las opiniones!... ¿Eh?... Mis hijos dicen que donde entra labor sale beber, eso es... al revés... Bueno, yo respeto todas las opiniones, ¿eh?... pero esto no quita el que no esté conforme... eso es... con la república... ¿Ofendo?... Porque la república es un socialismo...

—Estamos conformes—exclamaba solemnemente Sixto.

—¡Ues entonces... Echa otra ronda. Aquí lo que hace falta es menos política y más... y más...

—Y más vino—interrumpía otro parroquiano, interpretando el pensamiento de los presentes.

De este modo, á medida que el vino se calentaba en los estómagos y se difundía en los cráneos el vapor de aquellos *cacedores* humanos, enmarañábase el coloquio. Pasado algún tiempo, crecía el desvanecimiento hasta el punto en que la taberna entera, con todos sus muebles y semovientes, parecía á nuestro héroe animada de un movimiento de rotación de abajo á arriba. Entonces cogía á Malasangre, á Sixto ó á cualquiera otro por los pliegues de la blusa y ambos hablaban confidencialmente de cosas sin sentido ni relación, mezclando sus alientos nauseabundos. Los párpados le caían, con pesadez de plomo, sobre

los ojos irritados; las piernas, cual si estuvieran sumergidas en un fluido muy denso, se le desprendían del suelo y, por último, desenganchando las manos que enganchaban la ropa de su interlocutor, caía rodando sobre el pavimento.

El tabernero arrinconaba el cuerpo inerte de Pedro Jiménez y le dejaba dormir la mona, hasta que iban a recogerlo sus hijos.



Un amago de congestión cerebral, ocasionado por el alcoholismo, retuvo algunos días a D. Pedro en su casa, teniendo a sus hijos de centinelas de vista, con la consigna de impedir que se escapase a la taberna.

Cierta tarde, salieron todos al balcón, atraídos por el bullicio que llegaba de la calle. Todos los granujas del pueblo rodeaban a Sixto el albañil, celebrando ruidosamente los discursos que aquél les dirigía, mal afirmado sobre su base de sustentación, para convencerles de que su maestro, los curas, el presidente del Consejo de ministros y el diputado por el distrito, eran unos ladrones. Terminaba sus incongruentes periodos, vitoreando a la república, entre un ¡olé! y una blasfemia.

A los hijos de Pedro Jiménez les pareció la ocasión de perlas para hacer aborrecible la bebida al autor de sus días.

—Mírese en ese espejo, padre. Ahora, que está usted sereno, comprenderá las consecuencias del vino. ¿No es una vergüenza ver a un hombre convertido en el payaso del pueblo?

D. Pedro callaba. De sus ojos,

Chicoleos, por MEDINA VERA



— ¡Olé por las señoras *super-omnia!* Es usted capaz de causar a cualquier sujeto una calentura mayor que la que le dió a Joselijo, mi primo el esquilador de Morón, que yevaba treinta pares de tijeras a la cintura... ¡y se le derritieron toas!

hijos en Sixto, saltaron dos lágrimas. El momento era propicio.

—¿Verdad, padre, que no beberé usted más?

No les oyó siquiera. Con voz ahogada por la ternura y el deseo, exclamó:

—¡Quién estuviera en su pellejo!

NICOLÁS DE LEYVA



Cantares

Soné que me diste un beso  
hace lo menos un año.  
Ya ves si es larga la fecha  
y aún tengo dulces los labios.

Es mi cariño tan puro  
que he olvidado tus ofensas  
para gozar en tu dicha  
sin esperar recompensa.

Que deje de amarte yo,  
no lo puede conseguir  
ni todo el poder de Dios.

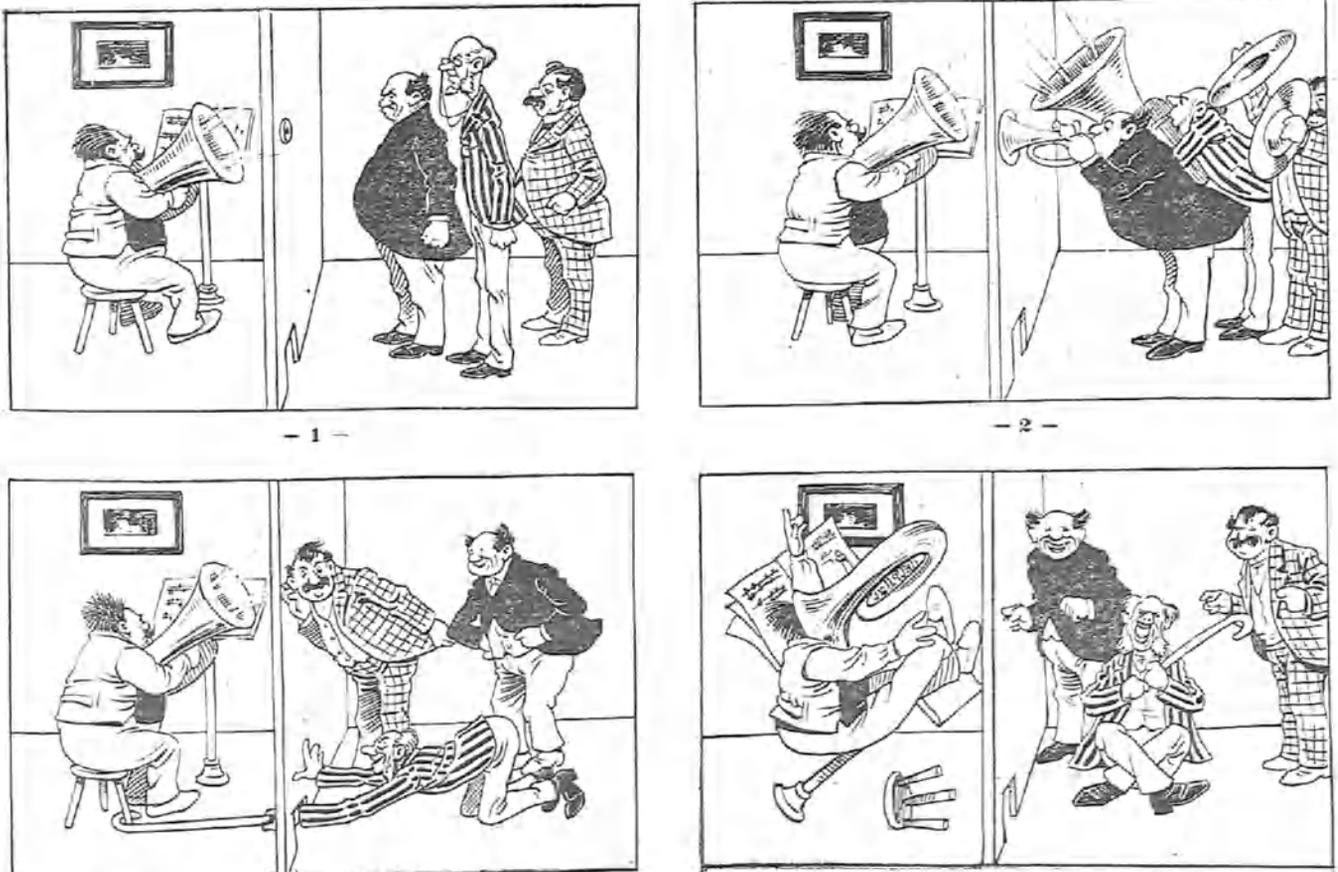
Sólo una cosa te pido;  
y es que te acuerdes de mí  
si algún día necesitas  
quien dé su sangre por tí.

Como la rosa a la espina  
y como el arroyo al fango,  
cubre todos mis pesares  
la sonrisa de mis labios.

Soné que te habías muerto;  
desperté y eché a llorar.  
¡Jesús que sueño tan triste  
y que alegre despertar!...

CARMEN BURGOS

La venganza de un músico, por D. POVEDA



- 1 -

- 2 -

- 3 -

- 4 -



- 5 -



- 6 -

## Elocuencia industrial.

— «¡Dos reales! ¡Media peseta! No hay producto más barato. El frasco sólo lo vale. ¿Quién pide más, que me marche?... Sólo por cincuenta céntimos el remedio acreditado contra la tuberculosis, las almorranas, los callos, el sarampión, la alforbrilla, las viruelas, el trancazo, la escarlatina, el reuma, los dolores de lumbago, los dolores de cabeza y los dolores de parto. ¿Quién, señores, por dos reales no quiere estar bueno y sano? En la dentición no hay nada

que dé mejor resultado. Se deja á la criatura chupar el tapón de un frasco, y, hasta la muela del juicio echa sin el menor daño. Cuando las señoras sienten fuertes dolores de parto, no tienen más que frotarse un poco en el espinazo con mi elixir prodigioso, y quedan al poco rato dispuestas á echar al mundo una gruesa de muchachos, sin molestias, y sin forceps, matronas, ni cirujanos. Para arreglar uñas gordas, durezas y ojos de gallo,

hasta darse unas fricciones en la suela del zapato, y al descalzarse de noche, no queda señal ni rastro de que los pies padecieron. Y, en fin, en todos los casos se aplica mi panacea con éxito extraordinario. ¡El producto incomparable! ¡El medio seguro y rápido de tener salud de hierro! ¡Cincuenta céntimos frasco! Y no se crean ustedes que adquieren sólo estos tarros los paletos, las cradas, los chicos y los incautos. Entre mi casa y la calle

vendo cuatro mil días. ¿Qué revela esto, señores? Que los niños, los ancianos, los sebios, los ignorantes, los pobres, los millonarios, todos compran mi espectral. Animarse, que me largo! ¡Sólo por cincuenta peninos, salud para todo el año! Cuando falta de esta plaza pueden ir á mi despacho, Tribulete, veinticinco moderno, segundo patio, escalera de la izquierda, principal, número cuatro.

RICARDO DE ZAVALA.

## Un romero consecuente.

Entre los muchos cortesanos y aun forasteros que acuden á la famosa romería de San Isidro, los hay verdaderamente fanáticos, que desde su más tierna infancia van todos los años al lugar de la fiesta, y antes que perderla, perderían la miaja de cabeza que gastan para andar por el mundo.

Verdad es que algunos la pierden en la misma romería.

Pues bien; mi amigo D. Isidro Romero y Tostón figura entre los más empedernidos entusiastas de la aludida juega campestre y es digno de ser citado como un modelo de madrileños consecuentes y fieles tributarios de la tradición.

Nada tendría de extraño que lo fuera, si realmente se divirtiese en la romería; pero lo incomprendible es que jamás regresó de la fiesta sin renegar de ella y sin jurar no volver en su vida á ver las barbas del Santo en su propia salsa, ó sea en la ermita donde se le venera.

Pero vuelve, ¡ya lo creo que vuelve! y cada vez con más afán.

En fin, para juzgar al tipo, les bastará á ustedes conocer lo que le ocurrió el día de San Isidro del año pasado.

A las seis de la mañana, y en compañía (ó mejor dicho, en batallón) de su mujer, su suegra, su cuñada, siete hijos, el novio de la cuñada, un perro de aguas y dos criadas de lo mismo, y llevando además de la familia un dolor de muelas más agudo que un dó de pecho, salió de su casa con rumbo á la romería mi buen Romero.

Otro cualquiera, en vista de las circunstancias, hubiera renunciado á las delicias de la fiesta substituyendo el aguardiente por la creosota y el silbato por el gatillo; mas para que D. Isidro interrumpiera su inveterada costumbre, hubiera sido preciso que aquella mañana se hubiese encontrado en el período agónico, cuando menos.

Para llegar pronto á la feria tomaron un ómnibus, en el cual pasaron muchos berrinches. Lo que no pasaron fué el puente de Toledo, como pensaban, pues la rotura del eje de las ruedas les obligó á seguir un pie tras otro el resto del camino, pero no sin tener que rascarse el bolsillo el cabeza de familia y pagar el viaje completo; con lo cual, los partidos por el eje fueron dos: el carruaje y D. Isidro.

A su llegada al lugar de la fiesta, el pobre Romero se encontró con un inglés sumamente grosero, que le saludó con las palabras del ángel... caído, diciéndole:

—D. Isidro, usted tiene mucha familia, pero muy poca vergüenza.

—Señor mío...

—Nada, nada. ¿Le parece á usted bien esto de venir á gastarse lo que me debe en muñecos de barro y en rosquillas tontas? El tonto soy yo, que presto dinero á quien no se lo merece; y una de dos, ó me devuelve mañana mis veinticinco duros, ó le rompo á usted sus veinticinco costillas, incluyendo á la señora.

—Bueno, bueno, D. Próspero. Mañana hablaremos.

Mas como el bárbaro del acreedor empleara voces y ademanes descompasados, la gente se arremolinó y la terminación de la inoportuna entrevista fué acompañada por un coro de silbatos y trompétillas capaz de avergonzar al ciudadano más fresco.

Mala compra de rosquillas hizo después D. Isidro. Casi todas ellas sabían á aceite de ricino. En cambio, estaban más duras que el corazón del inglés y la tal dureza hubo de producir las consecuencias naturales: muchos dientes de los pequeños y no pocas muelas de los adultos salieron de madre y fueron á confundirse con el polvo del piso.

D. Isidro se metió luego un clásico botijo colorado con el asa llena de artísticas berrugas y con un pitonero encantador, cacharro por el cual dió un duro y le devolvieron al hambre sólo dos pesetas, pero completamente falsas.

Siete pitos de los más sonoros fueron recibiendo toda la mañana los resoplidos continuos de los siete retoños en torno del papá, á quien llegó á costarle la broma un sentido, porque le dejaron sordo.

—Yo chero ver el *Pim, pam, pum!*—dijo luego el más chiquitín.

—Yo también—gritaron todos.

Y no hubo más remedio. Penetraron en una tienda destinada á la diversión de tumbar á pelotazo limpio varios muñecos formados en hilera, y á D. Isidro (siempre oportuno) se le ocurrió decir:—¡Hombre, cómo se parece á Silvela ese mono de la derecha!—Mas casualmente lo oyó un primo del aludido y le dijo á Romero:

—Usted es quien se parece á un insolente.

—Caballero, yo no consento...

Ignoro lo que pasara entre los dos. Lo cierto es que fué monumental el puntapié que D. Isidro recibió en el *Pim, pam, pum!*

Repuestos del incidente, siguieron su camino, llegaron á la ermita y, como es natural, penetraron en ella para saludar á San Isidro y á su señora, Santa María de la Cabeza; pero fueron víctimas de las apreturas más horribles, no sólo por los pisotones, codazos y rasguños que recibieron, sino porque el reloj de oro de D. Isidro cambió allí de dueño por arte de birri-birloque.

Fuera de sí D. Isidro y fuera del templo toda la familia, dirigióronse hacia la pradera famosa; pero no así como se quiera, sino perseguidos siempre por la desgracia, pues entre la apiñada muchedumbre se escabulló Camilitín, el penúltimo de los Romeritos, y desapareció de la vista de sus padres. Inútil es decir los apuros que don Isidro y su gente pasaron hasta que providencialmente dieron con el paradero de la criaturita, que estaba con la boca abierta mirando á un hombre que en calzoncillos de punto comía lumbre sobre un tablado, mientras una apreciable tia suya tocaba el bombo, también en paños menores.

Ya en la pradera, se columpiaron los novios y entraron todos á ver las ratas sabias, la mujer gigante y un fenómeno que tenía seis cabezas y le salían los pies por la boca del estómago, dejándose don Isidro un dínaral en la expedición, cosa que, agregada al dolor de muelas, siempre en *crescendo*, le dió muchísimo gusto.

Hartos de contrariedades, disponíase á volver al hogar, cuando gritaron los siete vástagos de Romero:

—Papá, queremos desayunarnos.

—Si, si—añadió la cuñada.  
 —¿Y qué vamos a tomar?—preguntó el gorrón del novio.  
 —Leche—exclamó D. Isidro muy enfadado.  
 Y con el asentimiento de la esposa y el visto bueno de la suegra y el regocijo de toda la *troupe*, entraron en una lechería muy maja formada con lienzos y banderas, en donde varias chulapas servían al público leche de Las Navas a vista ordeñara.  
 La familia de Romero, incluso el perro de aguas, se atracó de agua de almidón extraída de unas cabras de guardarrropía allí presentes, por cuyo líquido tuvo mi pobre amigo que dar quince pesetas, entre las cuales intentó pasar las dos falsas; pero lo que pasó fué un sofocón terrible; pues una de las camareras, antigua novia suya abandonada por él, aprovechó la ocasión para armarle tal escándalo, que por poco van a la prevención todos aquellos sujetos, más *cajeos* todavía.

Como era natural, agriado el humor de los grandes y los chicos con tales peripecias, era imposible que la leche le cayera bien a ninguno. Así es que no se hicieron esperar mucho los consiguientes retortijones, trasudores y angustias en todos aquellos vientres hasta entonces puros y tranquilos, teniendo que añadir a tanta desdicha la caída y rotura del botijo de Romero, que quedó despitorrado para siempre.

Cabizbajos, doloridos y saqueados, regresaron al hogar los miembros de la familia de D. Isidro, el cual, como todos los años, juró no volver a la romería.

Pero no escarmenta. Este año ha vuelto. Ha vuelto a ser víctima de análogas desventuras.

Y mientras viva no faltará jamás a la fiesta clásica de Madrid. En fin; dejémosle con su capricho y admiremos en él al héroe de la romería, al mártir de la tradición.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LIBROS RECIBIDOS

Miguel de Unamuno acaba de publicar un libro. Se titula *Tres ensayos: ¡Adentro!, La ideación, La Fe...* Yo no sé de ningún literato en nuestra patria tan complejo, tan vario, tan indefinible como Unamuno. Su psicología es un problema interesantísimo para el crítico; es uno de los más bellos y profundos caracteres contemporáneos; alma antigua, temple de pensador de antaño en atmósfera moderna; espíritu de fervoroso idealista en árida sociedad de industriales y mercaderes.

Unamuno ha vivido todas las ideas grandes y ha pasado por todos los trances del espíritu. Su alma enérgica é indomable de cántabro, ha experimentado, en mariposeo intelectual, el más supremo goce que puede ser dado al hombre: el goce de *conocer*. Y Unamuno, de esta peregrinación a través de todas las sensaciones y de todas las ideas, vuelve como Leopardi, desasosegado é inquieto, amargado, diré mejor, por la desilusión del ansia satisfecha.

Tal desasosiego y amargor se nota en las últimas páginas salidas de su pluma. No pidamos en *Tres ensayos* afirmaciones rotundas, dogmatismos de escuela, radicalismos de una pieza. No; *Tres ensayos* no es un libro para la multitud; sus páginas son el monólogo sincero, contradictorio a veces, de un *dilettante*.

¡Qué elocuentísimo fragmento de prosa viva y palpitante aquel en que el autor habla de la fe ingénuo é intensa de las montañesas de su

fierra, y la compara a la fe voluptuosa, elegante y superficial de los mundanos! Todo el paisaje vasco aparece en este soberbio esbozo: la iglesia pobre y miserable, con sus poyos y un tejadillo, solapada entre los nogales; más allá los bosques de castaños, los maizales cortados por la franja blanca del río; más lejos las montañas, veladas casi por el ambiente gris y melancólico de llovizna que empaña el horizonte.

Si; acaso la tristeza de Unamuno sea la tristeza de su tierra, la tristeza que, como advierte el pobre Guyau, mana de todas las grandes y poderosas obras del arte contemporáneo...—J. M. R.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

PELOTERA.—Madrid.—A Narciso Serra se le ocurrió eso mismo en *Don Tomás*, pero lo dijo mucho mejor que usted.

P. S. R.—Avila.—¡Avila... ntez! Esas *casitas* se le dicen al oído al interesado, y si no le rompe a usted un hueso... pues está usted de enhorabuena.

LULÚ.—Escorial.—

*¡Cuarta Rifa en caja  
y un gato negro enojó  
y al serlo cojeó hacia:  
date está lo mismo que yo.*

lo mismo en cuanto a la pata, pero de cabeza está mejor el gato, créame usted a mí.

F. C. A.—Villafraña.—Llamar insomne al arroyuelo, es lo mismo que llamar gastrónomo a un quinqué. ¿Qué el arroyo no duerne? Pues el quinqué tampoco come... y ambas cosas las sabe Aguilar de Campó. Con que figúrese usted si serán vulgares.

V. F. A.—La Bañeza.—La composición publicada gustó mucho. Tengo cartas que así lo acreditan. Envíe usted otra cosa.

S. P. V.—Valladolid.—¡Parece mentira que sea usted paisano de Zorrilla y Núñez de Arce! ¿Quién le ha dicho a usted que *chimenea* y *entera* son consonantes?

F. R. A.—Si es guasa, puede pasar...

ZALDE.—En uno de los sonetos dice usted:

*¡Suras de amor nacieron bulliciosas  
las flores de mi espléndida carrera  
y alegres como el sol de mi querido  
volaron ante mí los mariposans.*

¿Usted cree que se entiende lo que ha querido decir? Yo no lo veo claro. Leamos al revés a ver si resulta algo.

*Volaron ante mí los mariposans  
y alegres como el sol de mi querido  
las flores de mi espléndida carrera  
suras de amor nacieron bulliciosas.*

¿Qué tampoco resulta? ¿Y qué quiere usted que yo le haga? SÁTEROSO.—Madrid.—Sirven los epigramas. El cuento *El sepulcristero* se parece mucho a uno de *Fernánjén*, titulado *El número seis*. Sólo que éste es muy bueno y el de usted... no lo es tanto.

RIZQUITRÓN.—Madrid.—Deje usted en paz a *Don Modesto*. El hace lo que puede, y ya sabemos que puede poco. Por eso no le público nada en MADRID CÓMICO.

K. P. O.—Bilbao.—B. S.—Alicante. L. S. L.—Oviedo.—B. A. T. y ROSTANCITO.—Madrid.—¿Bromitas a los *Isidros*? ¡No en mis días!

MADRID: 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

VIÑA P. P. W.

VINOS Y MARISCOS.—ABIERTO TODA LA NOCHE.  
 Hay entrada por el portal y habitaciones reservadas.  
 7, VISITACIÓN, 7

SERVICIOS FÚNEBRES

*La Soledad*

DESENGAÑO - 10.

TELÉFONO 205

BERNABÉ MAYOR

8, ESPARTEROS, 8

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

PERLA ESTOMACAL

estómago é intestinos, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones. Caja, 10 reales; por un real más se remite. Madrid, Sacramento, 2, farmacia, y de venta en las de Arenal, 2, y principales de España. En Barcelona, Dr. Andreu, de R. FERNÁNDEZ MORENO. Único medicamento sin calmantes que cura radicalmente las acedias, dispepsias, gastralgias, catarros y úlceras del

